

Lo injusto y lo normal

Súbitamente, un rayo atravesó su pensamiento y entendió. Lo cotidiano no era normal. Muchas guardias, y creyó que bastaba con hacer su parte. Pero no.

Veía a pacientes empeorar mientras esperaban una cita. Con muchos frentes abiertos, más allá de su salud. Pensó en la precariedad laboral, en los alquileres imposibles, en el machismo, el racismo, en la salud mental tan ignorada. La injusticia no era ajena: era sistémica.

Sabía detectar infartos, pero ahora veía también las grietas estructurales.

¿De qué sirve salvar vidas si todo fuera del hospital conspira para destruirlas?

Ese día escribió en su libreta: “No es solo burnout. Es rabia.” Y supo que curar no era suficiente. Había que resistir. Denunciar. Gritar. Porque aunque la injusticia sea común, nunca debemos aceptarla como normal.